

EL ECO DE CARTAGENA.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Cartagena: Liberato Montelle y García, Mayor 24, Madrid y Provincias, corresponsales de la casa de Saavedra.

SEGUNDA ÉPOCA.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Cartagena un mes 8 rs.—Trimestre 24.—Fuera de ella, trimestre 30.—Números sueltos un real.

Lunes 6 de Noviembre.

El Eco de Cartagena

HONRAR PADRE Y MADRE.

NOVELA ORIGINAL.

El Decálogo compendia todas las obligaciones que tenemos con Dios y con nuestros semejantes. Sus preceptos los sabe el hombre por instinto aunque no los haya aprendido, porque Dios los escribió en el corazón humano, antes que en las tablas.

El hombre más ignorante siente por naturaleza, interior aversión al crimen, y aunque la lucha de sus pasiones lo impela hacia él, siempre una voz secreta, que es la voz divina le advertirá del mal que hace.

Dios habla al hombre por medio de la conciencia; de modo que la conciencia es la lengua de Dios.

Antes de que Dios escribiera sobre piedra sus preceptos, su pueblo se guiaba por ellos, pues las leyes divinas no son más que la cumplimiento de las necesidades humanas.

Hay sentimiento divino más natural, hay necesidad humana más imperiosa que la de honrar padre y madre?

Los hijos heredan de sus padres el honor ó el desercito; los bienes materiales y las miserias de la indigencia; de sus padres heredan también.

Todo lo que por nuestros padres hagamos viene á recaer sobre nosotros mismos; toda la honra que les demos es honra para nosotros.

Honrar padre y madre es pues no solo una deuda de gratitud, sino un bien además para los que cumplen con este mandato.

Nada hay más bello ni de más transcendencia social, que hacer el panegirico de este precepto; por medio de él se corrige el desnaturalizado; por medio de él se acrecienta la virtud del que la posee.

Juzguese pues cuán importante y moral será la novela cuyo examen hacemos.

Y si á esto se agrega, lo interesante de su argumento; el sencillo y bello desarrollo que su autor ha sabido darle y las literarias formas que lo revisten, hallaremos en la novela que nos ocupa la tendencia que toda obra de esta clase debe tener, cuyo lema es *docere delectandum*, la enseñanza y el recreo.

Aun sentimos conmovida el alma bajo la impresion del drama de nuestro paisano Herranz, cuyo título es el mismo de la novela que tenemos entre manos, y que con la misma bandera ha venido á dominar sobre los corazones, á recoger tal vez la cosecha de cuanto en ellos sembró de bueno y de noble el drama á que aludimos.

La simple lectura de la novela *Honrar padre y madre*, nos hubiera revelado, si no lo hubiéramos sabido antes, que su autor no pertenece á nuestro sexo.

La sencillez de su estilo y de su trama; la bondad de todos los personajes que en ella figuran, hasta de los que pinta como viciosos, sin conseguir (aunque acaso no lo pretendió) que inspiren antipatia; la timidez que se advierte; la superficial ligereza con que resbala sobre los vicios, como si temiera mancharse con ellos al retratarlos, y profanar su pensamiento al echarles el escarpelo para profundizar sus repugnantes heridas; la ternura, por fin, inagotable que la obra respira, nos hubieran hecho adivinar que era debida á la inspirada pluma de una mujer.

Hay ciertos detalles, ciertos golpes y ciertos desenlaces en una composición de cualquier género que sea que hacen comprender al momento el sexo del que la ha escrito.

El mismo *Rienzi el Tribuno* de la señora Doña Rosario de Acuña, ese drama de tan viril entonación, tan profundo en idea política; ese drama que parece fruto de la experiencia de un pensador desilusionado que llega á ver la sociedad bajo el punto de vista de considerar á la nobleza como el domador tiránico del pueblo; de ese pueblo que presenta como una fiera indómita y enjaulada, que se humilla bajo el látigo

go cruel del domador, pero que apenas rompa esta el látigo y los hierros de la fiera será devorado por ella, como premio de la libertad que le concede; encierra entre otras, una situación al final del segundo acto que si un poeta podía presentarla, solo una poetisa podía terminar del modo que en el drama se ha hecho.

La vida de *Rienzi* se halla amenazada, con gran sobresalto de su esposa.

Colonna que ha perseguido á esta con su adúltero amor y ha sido rechazado por la virtuosa matrona, decide vengarse y la obliga á que escriba al mismo Colonna una carta de amor, amenazándole con que si no obedece caerá la cabeza de *Rienzi*.

Por salvar la vida de su esposo accede la desgraciada á aparecer á los ojos del mundo como si fuera culpable, y escribe lo que Colonna le exige.

Triunfa por fin *Rienzi*, y Colonna en su despecho quiere acibarar la victoria del Tribuno entregándole la falsa carta que revela la supuesta infamia de su mujer.

Gozoso de su maldad, se la entrega... la esposa tiembla... *Rienzi* iba á abrirla... el público está pendiente de la catastrofe que va á acontecer... el fatal documento va á cubrir de deshonra, va á causar la muerte de la mujer más amante.

De repente *Rienzi* hace la carta de perdones, y en un noble impulso del corazón exclama, que se juzgará así propio como en *Rienzi*, el leyendo aquel papel mostrara que dudaba por un sólo instante de la virtud de su esposa... en la faz de esta brilla un relámpago de gozo y abraza á *Rienzi*... Colonna queda avergonzado... el público prorrumpe en frenéticos aplausos!

Este paralelo entre dos corazones el uno tan pequeño y traidor, el otro tan grande y leal; este resorte escénico de tanto efecto, solo le ocurriría emplear á una mujer, en nuestro concepto.

Y es que en el corazón de la mujer existe una especie de sentimiento que no existe en el del hombre;

mejor dicho; el hombre y la mujer sienten de diverso modo.

No se juzgue por esto que concedamos á la mujer el don de sentir; con preferencia al hombre; nada más lejos de nuestro modo de pensar; ni aun la galantería que á tanto nos obliga puede hacernos conformar con la autora de *Honrar padre y madre*, cuando dice:

«Por mucho que los hombres quieran sentir el que ha dicho que la mujer tiene una fibra más para el dolor no ha mentado; y si hubiera quien añadiese que no es una, «sino muchas, no exageraría.»

Tal vez la mujer será más sentimental que el hombre, pero entre ser sentimental y tener sentimiento existe notable diferencia. Cuantos poetas de gran coprazon, expresan su sentimiento con voz robusta, lanzando un grito de desesperación, en vez de una queja de dolor! *El Sentimentalismo* no es más, según nuestra opinion, que la languidez del sentimiento.

La autora de *Honrar padre y madre* revela poseer un amor filial tan exaltado que raya en locura.

Y aquí se nos ocurre un problema. ¿Se puede juzgar del carácter y modo de ser de un autor por sus obras ó en otros términos ¿son siempre las obras el espejo fiel del que las escribe?

—Creemos que no. En nuestro abono podemos citar la opinion de un eminente poeta que en el artículo que dedica á la preciosa colección de ellos, que forma la obra titulada *Los españoles pintados por sí mismos*, asegura que generalmente es de carácter alegre el escritor dramático, y de carácter serio el escritor jocoso. Y esto último se concibe perfectamente, si tenemos en cuenta que es indispensable para que un hecho nos haga reír, la circunstancia de que no se ría quien nos lo refiere.

Como prueba práctica de nuestra aserto, pudiéramos sacar la biografía de casi todos los escritores y poner en parangon sus obras con su vida.

Nadie ha pintado con más energía, haciéndolos aborrecibles, los